









ENTRE ELLAS Y NOSOTRAS:  
LOS ABORTOS

Ediciones La Revuelta  
Ilustraciones Mansa Ballena

**Idea y producción:**

Colectiva Feminista La Revuelta  
Neuquén - Patagonia argentina  
www.larevuelta.com.ar  
054-299-4722618

**en Socorristas en Red**

*(feministas que abortamos)*

www.socorristasenred.org

**Coordinan esta compilación:**

Belén Grosso y Ruth Zurbriggen

**Diseño y diagramación:** Valeria Jelinski

**Ilustraciones:**

Luciana Campilongo, LucindaYouns y Myrna Mincoff

Este material cuenta con el aporte financiero  
del Fondo Global de Mujeres.

1° edición, primavera de 2016



Licenciado bajo Creative Commons  
Atribución - No comercial - Compartir obras derivadas igual

ENTRE ELLAS Y NOSOTRAS:  
LOS ABORTOS



# Maravillosas ocupaciones<sup>1</sup>

Por Belén Grosso y Ruth Zurbriggen

Qué maravillosa ocupación pensar días, combinar horarios, intercalar posibilidades de encuentros y armar así nuestra propia agenda mensual de talleres, para *estar* antes que el tiempo apremie y encorsete decisiones.

Qué maravillosa ocupación atender el teléfono, apaciguar la voz, detenernos en la punta de nuestras lenguas y soltar, como si fuera un fino hilo que viaja al otro lado del teléfono, *¿En qué podemos ayudarte?* Escuchar detenidamente y sin interrumpir ni pedir explicaciones, coordinar un encuentro que será pronto.

Qué maravillosa ocupación encontrarnos con las mujeres que deciden abortar. Preparar el mate, acomodar las sillas, esperarlas y mientras tanto imaginar sus rostros e historias que luego devienen en otras narrativas para seguir pensando-nos.

Qué maravillosa ocupación atesorar los más preciados secretos entre mujeres. Ellas desnudando sus palabras y pergeñando junto a nosotras de qué manera acobijar el pacto que ahí puja para salir.

Qué maravillosa ocupación ser dupla *socorrista*. Sabernos dos para llegar tranquilas, saludarnos, darnos un abrazo y saber que, si el reloj atrasó, si el trabajo diario nos explotó extra, si el vuelo no aterrizó o el tránsito nos atascó, estará la dupla esperando.

Qué maravillosa ocupación leer el folleto que indica cómo

hacerse un aborto con pastillas. Leerlo a muchas voces, en eco o de manera coral. Escuchar los interrogantes, escuchar las respuestas, reírnos, reírnos mucho de lo que allí sucede cuando aparecen las voces tímidas de quienes hacen preguntas o comentarios que tajan la sensación de soledad.

Qué maravillosa ocupación pensar creativamente la ingeniería mujeril necesaria para cuidar y cuidarnos.

Qué maravillosa ocupación contarles sobre el kit *socorrista* para tener un *buen aborto*: crédito en el celular, ibuprofeno, toallitas, dinero para un taxi (por si acaso), una peli (cualquier peli), buena compañía y algo dulce para comer. Y ahí nomás, correremos de la ronda para llenar la *protocola* y generar el momento intimista, privado y singular.

Qué maravillosa ocupación hacer la *guardia activa* cada vez que nos vamos de un encuentro. Poner alto, muy alto, el volumen del celular y estar atentas para tener la palabra precisa o el silencio perfecto que acompañe el derrotero de lo que sucederá.

Qué maravillosa ocupación construir una salud comunitaria *otra*. Llamadas telefónicas a efectoxs de salud. Muchas veces, atender sus dudas y pedidos de auxilio. Sabernos compañía, sostén y aprendientes con profesionales y trabajadorxs, quienes *hacen y deshacen* los Centros de Salud. Apasionarnos en ateneos junto a los equipos de ginecología anti-*corpo*. Todxs ocupadxs gestando autorizaciones mutuas que hacen a la enorme definición política de seguir tejiendo-nos.

Qué maravillosa ocupación armar bolsitas con materiales y entregarlas mientras vamos apropiándonos de calles, es-

quinas, veredas y rincones inacabados. La calco, el folleto, el afiche, los relatos, el calendario para la heladera. El combo perfecto para seguir infectando al hetero-patriarcado del in-mundo capital colonizador y racista.

Qué maravillosa ocupación hacer de cada aborto personal una decisión política, y entonces proyectar investigaciones, entrevistas y conversaciones con esas mujeres que, generosamente, ofrecen su palabra individual para construir una voz colectiva.

Qué maravillosa ocupación escribir, porque la palabra nos importa, porque estamos convencidas que creamos otras narrativas, porque es otra manera que diseña, crea y piensa sobre los abortos nuestros de cada día.

Qué maravillosa ocupación inventar viajes que nos hagan andar a lo largo y ancho del país. Encontrar excusas en libros, obras de teatro, entrevistas, muestras fotográficas, encuentros nacionales de mujeres y un largo etcétera, para estirarnos más allá de las fronteras limítrofes impuestas.

Qué maravillosa ocupación crear nuevas cartografías y nuevos itinerarios viajeros haciendo nuestras las rutas, porque estamos convencidas que las feministas *socorristas* tenemos que habitar y crear nuevos puntos cardinales.

Qué maravillosa ocupación ir a las marchas. Encontrarnos media hora antes para grafitear en veredas y rampas cada número de nuestra línea pública. Proyectar cánticos con megáfono en mano y musicalizar la calle con tambores y grandes carcajadas. Creyendo que no hay mejor ejercicio muscular que la tan ansiada y fantástica corrida feminista.

Qué maravillosa ocupación tener siempre, *al pie de la teta*,

aerosoles de distintos colores y preferentemente violetas para dejar impresas nuestra imaginación e inteligencia también en muros, carteles y fotografías.

Qué maravillosa ocupación mezclar harina, agua tibia y un poco de soda cáustica. Fusionar todo suavemente revolviendo y revolviendo para producir el mejor y más pegajoso engrudo para los escraches, que nadie sabe que serán hasta esa mañana que temprano, muy temprano, empiezan a hacerse notar.

Qué maravillosa ocupación no tener miedo cuando nos cruzamos con un pedófilo violador en la calle, en la plaza o en un bar. Y así, en manada revuelta, buscar complicidades con la gente que no hace pactos machirulos y, entonces sí, gritar de manera imparable: a los machotes, machete ya. Si no hay justicia, se las vamos a cortar.

Qué maravillosa ocupación tramar fiestas. *¿A qué hora arrancamos? ¿Qué hacemos? ¿Qué música bailamos? ¿Qué recuerdito regalamos?* Y entonces, diseñar minuciosamente los flyers, las invitaciones personales y organizar los recorridos por donde andarán nuestros pies llevando de mano en mano las invitaciones porque sabemos que no hay revolución posible si no podemos bailar.

Qué maravillosa ocupación reunirnos cinco horas al mes, con un largo temario que previamente fue pensado. Discutir, consensuar, disentir, enojarnos, proyectar y seguir juntas porque sabemos que este feminismo que nos inventamos, nos hace las vidas más felices.

Qué maravillosa ocupación acoger a las que llegan por

primera vez a una reunión feminista, acogerlas sin secretos, mostrándonos sin maquillajes para no esconder las diferencias que también acontecen.

Qué maravillosa ocupación estar pariendo otro feminismo. Uno aguerrido, de acción directa, de poner el cuerpo; que se ocupa de dejar registros para ir narrando nuestra propia historia, para contagiar pasiones y deseos. Un feminismo que nos apura y conmina a seguir pensando más allá de nuestros propios pensamientos.

Qué maravillosa ocupación andar siendo ambiciosas sospechosas revueltas feministas *socorristas* aborteras.

<sup>1</sup>Nos inspiramos en el texto “Maravillosas ocupaciones” de Julio Cortázar, en *Historias de cronopios y de famas*. Ed. Alfaguara. Buenos Aires (2000).

Ilustración: Lucinda Youns



# Abanicos de posibilidades

*Por Micaela Britos*

El fin de semana me mandó un mensaje Belén, decía: “¿Escribiste tu relato? ¿Vas a escribir?”. Le respondí que no me lo había propuesto porque nunca escribí nada que se relacione con la literatura y, que creía que cuando unx escribe lo hace para contar sentires que nos atraviesan y que en cierta manera surgen espontáneamente. En ese momento, le dije que no iba a escribir en la inmediatez, sin embargo acá estoy un lunes a las cinco de la mañana poniéndole palabras al socorrismo, para compartirlas por primera vez.

En estos días acompañé a dos mujeres a abortar. Llamé a compañeras por dudas, pedí consejos o estrategias, cambié de planes, releí apuntes que decían “la comprensión está relacionada con la empatía” y automáticamente, repensé en esa práctica feminista que es para mí cotidiana desde hace dos años, para algunxs desde hace mucho más, para otrxs desde hace menos.

Reafirmé que el socorrismo no es sólo acompañar una decisión de otrx que no desea maternar, es romper con la indiferencia, es instalar lo innombrable en el espacio público, es disputar sentidos y redefinir conceptos, es combatir al heteropatriarcado desde una práctica concreta. Significa compartir subjetividades, reconocernos y vincularnos desde el afecto, colectivizar deseos y abrir abanicos de posibilidades.

Pienso en mis compañeras y en nuestra heterogeneidad,

en lo que estamos siendo, en lo que nos reúne. Pienso en el socorrismo como potencia transformadora que nos permite mutar y, a la vez, alterar y desestabilizar el pedacito de mundo que nos toca habitar juntas.

# Abismos

*Por Guillermina Peralta*

Llegan a nosotras porque tomaron la decisión de abortar. Dejar de gestar esa vida. Interrumpirla.

Cuando digo ellas y digo abortar, me parece estar sentada con los pies en el aire, al borde de un abismo. El abismo de la abstracción. Entonces un instante antes de tirarme, cuando el vértigo se posa entre las costillas, inevitable, cambio el escenario e intento traerlas a mí con sus historias y sus rostros. Sus palabras. Sus silencios. Compañías y ausencias. Una a una y aunque diversas -vuelvo al primer abismo- puedo hilvanarlas en mi mente: mujeres. Mujeres trabajadoras. Mujeres que abortan.

Las hilvano, entiendo rápidamente, con hilos que vienen de adentro y salen por las yemas de los dedos, la boca, el ombligo. Madejas de hilos de colores. Suaves o ásperos. A diferencia de otras veces los hilos se desenredan fáciles, pero cada tirón me rosa internamente. Las pieles de mi interior reviven, inquietas. Pero no se rasgan. Algunos tirones son también cosquillas, parecen guiñarme los ojos.

Cuando la madre le reprocha a su hija adolescente embarazada por qué no le contó, hay un hilo que me dice que hubo veces que tampoco pude o no supe cómo. Cuando la escucho decir que aunque tiene trabajo y pareja decide no maternar porque no lo desea, el hilo que me sale es semitransparente: viene a recordarme que hay preguntas para las que sigo pen-

sando las respuestas. Cuando la vecina la ayudó, echando al marido de la casa para albergarla, me sale un hilo colorido y brillante del pie, intermitente y luminoso, que me une a las mujeres que me envuelven con sus gestos de ternura. La ternura, gesto político de encuentro profundo, ante tanto individualismo premiado, ante tanta desidia. Cuando la sé sola, abortando en el oeste neuquino sostengo con intensidad el hilo del cuidado, frente a tanta desigualdad y violencia.

Cuando mi compañera les dice que abortar es una decisión como otras de la vida y como ellas puede generar angustia, miro tras mis pasos un hilo con nudos. Entiendo que a veces decidir significa ser valientes. Enfrentarse a los pequeños –o grandes- abismos. Valientes son las mujeres que se plantan frente al mandato de la maternidad obligatoria: nos dicen “no quiero ser madre ahora”. Valientes -aunque condicionadas – son las mujeres que nos dicen: “quiero, pero no puedo mantener más hijos sola”.

Valientes, por decisión y por circunstancias. Valientes porque sabemos que tenemos que saltar una y otra vez ante tantos abismos.

# ¿Abortar con Dios?

*Por Eli Carabajal*

**H**ay conflictos que son inconmensurables, me dijeron una vez, también hay realidades inevitables y “*verdades como templos*”.

*“El 63,2% de las 953 mujeres que acompañamos a abortar en 2015, afirman ser creyentes en Dios...”*

La intensa búsqueda de una respuesta que nos acomode y evite el impulso de salir corriendo hacia cuestras escarpadas.

*“Daniela va a la iglesia todos los sábados...”*

La imposibilidad de pensar un oasis violeta para nosotras, para vosotras, se derrite en el sol de invierno.

*“María afirma que Dios la va a ayudar a abortar...”*

Un instante donde sólo somos mujeres acompañadas de mujeres y una brisa dulce nos envuelve.

*“Agustina agradece a Dios que todo salió bien...”*

La osadía de pensarnos constructoras de espacios posibles, allanadoras y a contracorriente de ríos asfixiantes.

Hay conflictos que son inconmensurables, me dijeron una vez.

En cada encuentro con esas mujeres, veo por un instante que podemos encontrarnos, mirarnos sin buscar respuestas definitivas, sin dar explicación, sin subir montañas; vamos ligeras, de la mano, creyendo profundamente, que hay lugares donde nadie, absolutamente nadie, se puede inmiscuir.

*Ilustración: Lucinda Youns*



# ¡Acá estamos!

*Por Romina Bravo*

Una cumpa revuelta me preguntó en una entrevista para su tesis de grado:

-¿Qué es La Revuelta para vos?

Al releer esa pregunta pasan por mi mente palabras, conceptos como sororidad, valentía, lucha, acción, resistencia, amorosidad. Todas ellas describen y condensan el feminismo que hacemos, el feminismo revoltoso que acompaña a abortar.

¡Sí! ¡A abortar!: abortar el servicio familiar obligatorio, las normas heterosexistas, las maternidades forzadas, los mandatos sobre nuestras cuerpas y nuestros pensamientos.

Nos empoderamos juntas para tomar por asalto esa vida mejor que nos deben, que nos negaron y niegan los “privilegiados”, hijos sanos de este capitalismo patriarcal. Y así andamos hermanadas, acompañándonos a abortar, a escrachar, a intervenir las calles, las currículas educativas, las paredes, las plazas, nuestra vida misma, para gritar con toda la rabia, que acá estamos y acá nos quedaremos, resistiendo, creando estrategias de ingeniería brujeil, para abrírnos camino, todas juntas, porque nunca, nunca... nos regalaron nada.



*Ilustración: Myrna Mincoff*

# Acompañar-cuidar

*Por Vivi Fonseca*

**H**ace un tiempo una profe me dice:  
-¡Acompañan a tantas mujeres! Pero, a ustedes, ¿quién las cuida?

La respuesta era sencilla:

-Nos cuida la manada.

Inevitablemente, pienso en todo eso que sucede en cada encuentro, todas esas historias, todos esos abortos... Recuerdo a esas mujeres que vienen con el cuerpo cansado, marcado de violencias, tristes, pero firmes, decididas; veo también a aquellas que llegan con temor, con incertidumbre o con toda su rabia a cuestas. Recuerdo a esas otras, a esas que ríen relajadas, esas que nos dan aire y amortiguan los otros golpes. Sí, ¡son tantas!

Pero la memoria también trae otros recuerdos y son los nuestros, los de las socorristas: las llamadas por ayuda, los mensajes aclaratorios, las palabras que calman ansiedades y miedos, las charlas, los abrazos... Y es que entre socorro y socorro, entre aborto y aborto, entretijemos sus vidas y las nuestras, sus historias y las nuestras. Sin darnos cuenta, quizás, esos encuentros se van fundiendo en cariño y esa alegría de encontrarnos le agrega al activismo esa indispensable cuota de amorosidad. Sí, ¡nos cuidamos!

Acompañarlas ha sido nuestra decisión. Cuidarnos nuestra condición.



*Ilustración: Myrna Mincoff*

# Aquí nadie está sola

*Por Vale Jelinski*

**S**i pienso en socorrismos y revueltas, pienso en red. En estar acompañada. Ninguna, cuando empezamos a ser parte de esta hermandad, volvemos a sentirnos solas. Nunca más.

Aunque vivo en La Plata, soy parte de La Revuelta y de Socorristas en Red, como diseñadora. Esa es mi mayor participación. Y si tengo que definir cómo me siento en esta tarea es: feliz. Simple y sencillamente, feliz. Porque a lo largo de estos años nuestra comunicación fue creciendo y sabemos que funciona, que es necesaria.

Recibir los mails con las propuestas, con las ideas para preparar los diseños, es maravilloso. Nunca son mails cortos: vienen con explicaciones detalladas de por qué, hacia quién, los textos corregidos. Sugerencias de imágenes. Es un placer diseñar así. Es fácil. Estamos en sintonía. Hay mucha alegría en el hacer... sabiendo que somos muchas en la misma tarea. Luego, las devoluciones a mis diseños son geniales, llenas de creatividad, para seguir avanzando. Y cuando envío los originales finales, siempre llega el agradecimiento, las palabras elogiosas. Siempre. Hay mucha alegría en el hacer... sabiendo que somos muchas en la misma tarea. Y que ya no estamos solas. Ninguna de nosotras. El diseño es compartido y hay red.

Y también hay red, siempre, cuando de socorrismos se trata. No he acompañado telefónicamente, pero sí me han con-

tactado muchas veces por facebook, por teléfono y alguna vez desde España porque no sabían a quién recurrir, aunque el aborto es legal allí. También desde distintas provincias cuando, por nervios, no logran contactarse con los celulares que figuran en las guías. Y automáticamente se activan los contactos, las manos y voces se entrelazan... se entrelaza la red.

Siempre, cuando acompaño a las mujeres desde el afecto, en el momento que ayudo a conectarse con compañeras de la red, les digo que somos muchas, muchas que estamos compartiendo la misma experiencia, acompañando-nos, compartiendo-nos. Que no están solas. Y eso es lo que más resuena en mí, en esta experiencia de acompañar desde el diseño y desde la palabra, en el proceso de abortar y de luchar por la despenalización del aborto: que en el momento inicial que una mujer se contacta con la red, nunca más está sola. Sabe y sabemos que vamos a acompañar todo el tiempo. No abandonamos ni nos abandonamos entre nosotras.

Qué sociedades maravillosas tendríamos si tomáramos esta premisa de Socorristas en Red: *El Estado abandona. Nosotras no.*

¿Podemos imaginarlo en otras áreas de la salud, de la educación, de los derechos vulnerados? Que la sociedad toda actuara como las socorristas, creando redes y no abandonando. Sería una sociedad ideal. No es utópico imaginarlo.

Lo vivo y lo comparto desde adentro de Socorristas en Red. Desde el diseño y desde el contactar para realizar los socorristismos. Lo afirmo, lo compruebo: en esta red feminista, solidaria y amorosa... nadie está sola. Ninguna. Nunca más.

# Bienvenida al socorro: *éste es un extra*

Por Luz Fernández

Hace 24 horas y media no tenía idea de la dinámica de un encuentro socorrista. Era el primero para mí, y bien sabemos que cuando unx crece se desacostumbra a hacer cosas por primera vez.

Quizás hace 48 horas que la adrenalina no me entra en el cuerpo, la ansiedad, la incertidumbre de comenzar como socorrista. Y les juro que ayer estaba nerviosa, muy, pero fue cuando mi compañera Nadia me advirtió: “éste es un extra de segundo trimestre”, que estuve unos segundos sin respirar y suspiré.

Hace 24 horas que no paro de pensar en Karen. La relajada, adolescente, risueña, olvidadiza y temblorosa Karen, todas las versiones de ella que conocí en dos horas.

¿Seguirá segura? ¿Que estará pensando? ¿Necesitará un abrazo? Creo que quizás la que lo necesita soy yo.

Karen nos contaba su historia y yo trataba de prestar atención a cada palabra que decía.

*Nadia preguntaba cuestiones fundamentales.*

Karen nos contaba que después de que la médica le dio el número lo vio de nuevo en un grafiti y ahí recién llamó.

*Yo me reí de todxs lxs que se quejan de las pintadas callejeras.*

*Nadia le explicaba el folleto detalladamente.*

*Karen se olvidaba los plazos y su amiga la retaba y la corregía.*

*Nadia le explicaba de nuevo.*

*Karen anotaba.*

*Su amiga planeaba la logística del proceso aunque no iba a poder acompañarla.*

Y ahí estaba yo sentada, cebando mate, escuchándolas, acotando lo que me nacía decirle de todo lo teórico que había leído hasta ese momento sobre aborto medicamentoso.

¿Viste como cuando das un examen? Bueno, igual, pero a pesar de los nervios me sentía feliz, como si ese folleto de segundo trimestre que no había leído en mi vida formara parte de mí desde hace mucho tiempo.

Karen dudaba si contarle a alguien más o no, si en su casa o en lo de su hermana, si comenzar de día, de tarde o de mañana, pero nunca, en ningún momento, de su decisión. Y recordé que en la reunión de iniciación pregunté si acompañar segundo trimestre era una cuestión de “madurez” como socorrista, a lo que me respondieron: “nos llegaron, y si la mujer está segura no podemos no acompañar”. Era cierto.

Miraba a Karen y me daba cuenta que no me iba a olvidar nunca más de ella. Aunque no la vuelva a ver, aunque no sea yo quien la acompañe (esa será otra “primera vez” para atesorar). Porque sin saberlo, fue quien terminó de darme el soplado para sentirme inmersa en esta red tan enorme y tan íntima, fue quien me presentó en su breve relato tres cosas hermosas:

Que el sistema de salud sabe y deriva

Que el activismo callejero sirve un montón

Y que si la mujer está decidida, te sale del núcleo del cuerpo decirle:

*“Sí, te acompañamos. Vas a abortar.”*

Y ahí fue cuando me di cuenta que una vez más estaba donde tenía que estar.

¿Quería ser socorrista? ¡Pues bienvenida al Socorro!

# Blancanieves y las siete enanitas

*Por Belén Grosso*

**E**se día me puse las zapatillas rojas, me lavé los dientes, me acomodé el pelo frente al espejo del baño y sonreí. Revisé que no me faltara nada en la mochila. Apagué la computadora. Cerré con llave una puerta, otra puerta y finalmente la última que da a la calle. Me puse los auriculares, que ya llenaban el aire de música, y salí. Tenía otra cita. Y aunque ya tuve muchas, la sensación de salir al abismo me recorría. ¿Cómo serán? ¿De qué amores hablarán? ¿Conversaremos de violencias? ¿Cómo serán sus ojos y sus pieles? ¿Tendrán rulos? ¿Estarán angustiadas? Así empezaba la dulzura del comienzo.

Llegué al lugar de encuentro. Cinco mujeres me recorrían el cuerpo. De los pies a la cabeza. Las esperaba. No nos habíamos conocido en un chat, ni en el facebook, ni en una página de citas... Cuatro de ellas llamaron a nuestro número, casi, suplicando ayuda. Habían decidido abortar. La quinta era, para mí, el descanso que tendría lugar luego de andar por donde los pies me llevaran y la escucha se detuviera.

Conversar con desconocidas siempre me transforma. Me conmueve escuchar sus historias. A veces me generan risas y otras veces las tristezas más dolientes. Pero todas, cada una de sus voces, me vuelven más ligera. Las citas tienen, al principio, un momento de silencio y de preguntas por mi parte.

Comienzo a preguntar como si necesitara rodear a esas mujeres de palabras y silencios. Como si quisiera imaginar que sus vidas, hechas poesías, se escriben en el salón en el que estamos, mezclándose con el aroma que sale del mate y los folletos que tengo entre las manos. Quisiera saber con tanto detalle todo, que las pupilas de mis ojos se dilatan como si no hubiera nada de luz y se esforzaran por mirar.

Entonces mi última pregunta:

-¿Quieren ustedes preguntarme algo a mí?

-¡No!, estoy segura, respondió Ayelén.

Podría haberle hecho mil preguntas más acerca de su estar segura. Pero no lo hice, sólo me detuve en esas palabras, en todo lo que dijo antes y en sus ojos que se llenaban de deseos por momentos y que intentaban no cruzarse con los míos. Su mirada escurridiza, sus pestañas pintadas de manera tan prolija, su gran sabiduría entregada en el espesor de su pelo negro que le caía sobre sus hombros, sus labios vestidos de rouge y su piel tan blanca, me trajo a la memoria, como si hubiese abierto una caja de recuerdos, el cuento de *Blancanieves y los siete enanitos*. Me animé y le relaté el comienzo, *nació una niña que era blanca como la nieve, sonrosada como la sangre y de cabello negro como la madera de ébano; y por eso le pusieron por nombre Blancanieves*.

Ayelén me contó sin apuros, como si sus palabras flotaran al igual que los copos de nieve cuando caen, gran parte de su vida. Me contó de su infancia robada, de sus cuidados maternos para con sus siete hermanos. Relató con pesadez la tortura que le produjo haber tenido que dejar la escuela primaria

y junto con ella a sus amigas de aventuras, sus juegos de recreos y las proyecciones que creaban al estar juntas. Todo había quedado trunco por las obligaciones que el mundo adulto le adjudicó. En el cuento de su vida, no aparecían príncipes azules ni hadas madrinas. Sí estaban sus siete hermanos para cuidar. Ahí estaban los siete enanitos, pensé. *Y así estuvo Blancanieves mucho tiempo, reposando en su ataúd, sin descomponerse, como dormida, pues seguía siendo blanca como la nieve, roja como la sangre y con el cabello negro como ébano.*

Le ofrecí un mate cuando comenzó a relatarme por qué decidió abortar. Las palabras abren y ordenan. La escuché y sentí que mi cuerpo, un poco roto, se iba restaurando. Su relato, algo estridente como el frío y calmo como el invierno, se detuvo cuando unas lágrimas se acercaron. Lágrimas de dolor. De contradicción. Lo supe. Tomé sus manos nerviosas que estaban sobre sus piernas. Estaban tan frías como la nieve. Igual que las mías. Los copos de nieve caían del cielo como blancas plumas, las palabras de Ayelén también.

Antes de irse, me abrazó fuerte y dijo:

-Me gustó conocerte, vuelvo a estar feliz, gracias. Entonces, ¿uso siete y ya está, eso es todo? Al contrario del cuento, serán enanitas que me den libertad.

Pensé ¿cuánto tiempo se necesita para conocer a alguien? ¿De qué está hecho este tiempo de cita? ¿Cuántas palabras hechas plumas necesitamos cada día? Se me vino Barthes en voz de mi amiga “¿No es acaso nada, para ti, ser la fiesta de alguien?” Ser fiesta entre mujeres desconocidas que deciden abortar. Ser fiesta entre mujeres. Ser fiesta.

*-Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa?*

-Todas, todas aquellas que decidan sobre su cuerpo. Todas aquellas que decidan porque sí.

Me fui caminando a la casa de la quinta mujer de ese día. Ella me estaba esperando. Iba en búsqueda de la primavera, con los bolsillos vacíos de miedos y los ojos bien despiertos. El sol ya no estaba; miré el cielo inquieta, me parecía que antes la noche no era tan brillante. De mis auriculares salía Nina Simone, las veredas se hacían amplias, corrí rápido sintiéndome llena de potencia, pluralidad y feminismo.

# Cuando la naturaleza no es sabia

*Por Flavia Giorgianni*

Cuando la naturaleza no es sabia, lo impuesto se vuelve natural para algunas mujeres; pero hay algo en ellas que irrumpe con un no. Saben que tienen derecho a elegir ser madres o no. Y buscan así el tiempo y momento para nuestro encuentro. Saben que la naturaleza, muchas veces no es sabia.

Ahí, en ese encuentro, todas queremos elegir. Nadie quiere gestar lo ya establecido, todas queremos despojarnos de las imposiciones que sufrimos a lo largo de la vida. Queremos algo diferente al sueño patriarcal de ser madres. Ellas y yo.

Las mujeres abortamos. Decidimos abortar sí, ahí, cuando pareciera que la naturaleza no es sabia. Abortamos las violencias y abortamos eso que se gesta sin nuestro consentimiento.

Cuando el aborto se produce, sabemos que no fue solo un abrir y cerrar de ojos; ellas ríen y yo también. Y nos despedimos y nos abrazamos con las palabras.

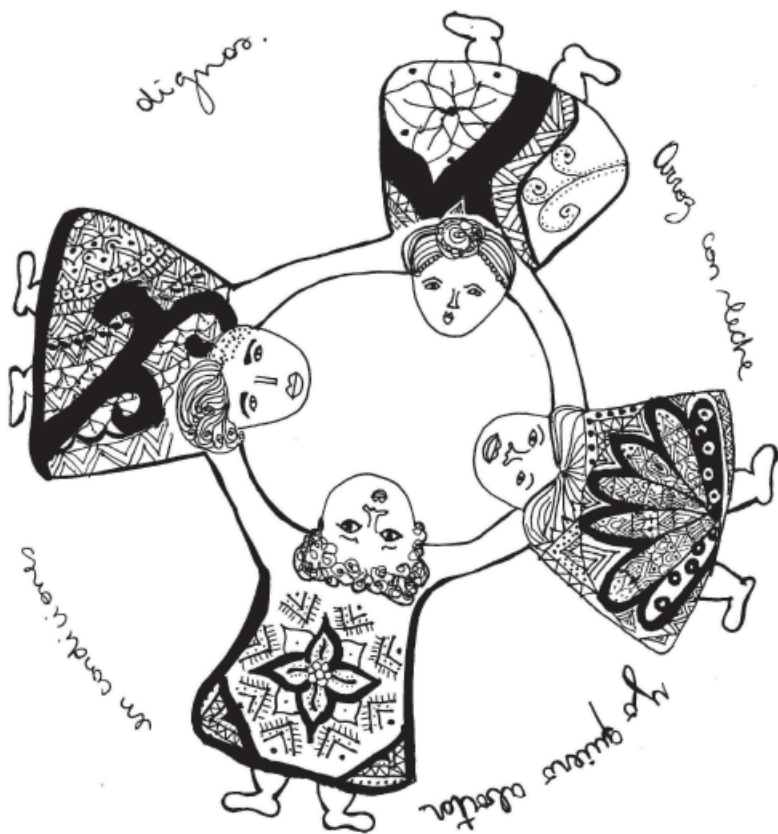


Ilustración: Luciana Campilongo

# Demasiadas lenguas

*Por Ruth Zurbriggen*

Conozco a Marcela una mañana de julio. Me llamó el día anterior. Demasiada urgencia por la cantidad de semanas de gestación. Demasiados controles por parte de su pareja para citarla al encuentro grupal que sucedería dos días después en el sindicato de docentes, el que desde hace tiempo nos acoge.

Es trabajadora doméstica. Trabaja en una gran casa rodeada de árboles bajos que diviso desde la panadería donde nos reunimos a conversar. Puedo imaginar, por lo que me cuenta más tarde, que contrasta demasiado con la casa pequeña que ella habita en otro barrio de la desigualada ciudad petrodolarizada en la que convivimos.

Tiene treinta y dos años. Tres más que mi hija, pienso.

Narra, escarbando en su memoria emotiva y corporal, algunos hechos que a mí se me aparecen como enormes cicatrices y que por momentos siento le arden hondo. Es la anteúltima de trece hermanxs, la número doce. “Somos demasiados”, relata sin detenerse en ello. Tenía cinco años cuando su familia emigró desde Córdoba hacia Neuquén.

Madre de tres hijxs. La mayor de diecinueve, otra de dieciséis y un niño de nueve. Fue mamá por primera vez a los trece años. “No fue un abuso ni nada de eso, yo tenía un noviecito y no sabíamos nada de nada. Mi mamá y un hermano más grande me llevaron de una mujer para hacerme eso; me revisó como una médica, pero como no tenían la plata que había que pagarle, quedaron en volver en unos días. Al otro día le dije a mi mamá que tomemos unos mates abajo de un árbol

inmenso que había en mi casa y ahí me animé y le pregunté qué iban a hacerme. Es por tu bien, me dijo. Pero yo lo quiero tener al bebé, le dije. Bueno, entonces, le vamos a decir a tu hermano y no volvemos de esa mujer. La crié sola, tan sola no, mi mamá y mi papá me ayudaron". Demasiada niña para ser madre, me figuro mientras la miro a los ojos.

Terminó el secundario en una escuela nocturna. Comenzó a estudiar enfermería en la universidad después de separarse de su primera pareja, un varón con el que tuvo su segunda y tercer hijo. Un violento. Abundó en detalles sobre las formas intrincadas de poderío masculino que tuvo que soportar, hasta que pudo y un día dijo basta. Casi todas formas demasiado comunes del decálogo que los caracteriza, traduje al escucharla.

"Yo estaba separada de mi primer matrimonio y justo venían los quince de mi hija más chica así que decidí trabajar más horas y juntar plata, y bueno, tuve que abandonar la universidad, porque no me daban los tiempos para estudiar y trabajar tanto". Demasiado injusto, me suena en mi cabeza.

Tiene dos nietxs. Su hija mayor fue mamá a los dieciséis años. Demasiado joven para ser abuela, me digo mientras la escucho.

Me cuenta sobre este embarazo y sus motivos para abortar, como si al escucharse las cicatrices dieran paso a un zurcido intangible, reverberando en palabras antes dichas por otras. Confiesa que cuando se enteró del embarazo se puso contenta. Pensó en continuarlo. Lo charló con Santiago, su actual pareja, él también decía querer tener un hijx con ella. Me cuenta que supuso que eso sellaría su relación y la dotaría de "nuevos aires y proyectos".

Su hija, la más chica, le dijo que era "un desastre ese embarazo". Sus amigas, con esas que se junta cada tanto, opinaron

que era “una verdadera locura”. Recuerda que Elisa, la más querida y confidente de sus amigas “parece que de entrada sabía que yo iba a necesitarlas a ustedes. Lo único que dijo fue: Marcela, la revuelta punto com y con eso me lo estaba diciendo todo”. La abuela de Santiago también opinó: “ojalá no te abandone”. Demasiadas voces insistiendo que no era una buena decisión seguir con el embarazo. “¿Por qué no las oí en ese momento?”, se reprocha en la conversación que nos gestamos.

Fue a controles médicos al centro de salud del barrio donde vive, con “mi médico de toda vida”. ¡Toda la vida! Treinta y dos años son demasiado pocos, pienso. Se hizo dos ecografías, Santiago la acompañó. Esos momentos eran más importantes que los otros, aquellos en los que él descargaba su fuerza con golpes e insultos. Ahí el energúmeno parecía sensibilizarse. Me dice que “disfrutaba de esos ratos, eran tan lindos que estaba convencida que pronto todo iba a ser distinto. No me dejaban pensar en los días que me maltrataba”.

Marcela no quiso oír las razones de otras, no las escuchó, o no pudo escucharlas. La más insistente, su hija de dieciséis: “cada vez que podía me decía directo, tenés que abortar, yo lo abortaría, con un tipo como Santiago no tengo un hijo ni loca. Era como demasiado insistente con eso y yo nada”. Demasiado insistente. ¿Su hija? ¿Santiago?

*¡Por lo menos las putas me chupan la pija!*, lo escuchó justificarse cuando lo llamó por teléfono para saber de él, después de dos noches de ausencia misteriosa y de silencios interminables en el celular. “Te juro, ¡escuché eso y fue como una puñalada!” Ahí supo, casi a modo de presagio de una decisión postergada, que así no quería volver a ser madre. Así no. “Fue demasiado”.

Ese mismo día llamó a Elisa quien le aseguró que la acom-

pañaría. “Me dijiste que busque la revuelta punto com ¿no?”, le preguntó sabiendo que con eso alcanzaba para anunciarle su nueva decisión.

Nos llamó, acomodó horarios y se hizo tiempo para juntar existencias. Convocó en un ritual intergeneracional a su hija, la de dieciséis, la que abortaría un hijo de Santiago; a la abuela de Santiago y a su entrañable amiga. Requeridas para el evento y para los gestos amorosos que fueran posibles, les contó que abortaría. Delante de ellas empezó a usar la medicación ya que el transcurrir del tiempo era su mayor enemigo. Todas conminadas a ser testigas mudas de esa decisión.

El desenlace fue más o menos el esperado. Santiago nunca supo que Marcela se provocó un aborto, estaba en la casa que comparten cuando sucedió aunque no llegó a darse cuenta. Marcela aborta un embarazo de segundo trimestre, Santiago duerme el sueño profundo del macho satisfecho que ya descargó su hombría. Demasiado pesado, el sueño. Demasiada real, la vida.

Lo demás, un derrotero conocido en los artilugios aborteros y su potencia privada: (privada, no privatizada vale la insistencia) dolor, contracciones, mensajes, llamadas, taxi, hospital, guardia, ginecólogos, enfermeras y ese sin fin de eventos que se anudan para cuidar la salud de quienes abortan.

Encontrarme con mujeres a las que acompaño en sus abortos implica sumergirme en una especie de juego babélico vital. La traducción de las lenguas diversas que se dan cita ahí siempre será inconclusa e inasible. Ellas son siempre *otras*. Apasionarme con lo que eso desata es condición para que la práctica feminista de acompañar a abortar siga siendo un locus de creatividad y humanización en la que las demasiadas lenguas no pierdan (ni perdamos) la singularidad.

# Inmensidades femeninas

*Por Valeria Zapata*

**H**ay momentos cuando la densidad emocional  
nos impulsa a vagar por nuestras cuerpas:  
realidades, sueños, decisiones, heridas;  
envuelven nuestras inmensidades femeninas,  
tan ineludibles como la conciencia de una misma,  
caminamos desde todos los rincones  
hacia esa convergencia reconfortante  
que desenmaraña abismos, incertidumbres, prejuicios.  
Mientras nos cuentan sus relatos  
socorristas-socorridas nos fundimos,  
la hermandad de la manada corre por las venas.  
Ya no estamos solas  
somos aullidos rebeldes que liberan almas.

Ilustración: Myrna Mircoff



# Juntas para *salvarnos*

Por Ayelen Zurbriggen

Socorro es una palabra que se me aparece cada vez más: porque la digo, porque me la dicen otrxs, porque algunas amigas me han llamado para pedirme un *socorro*, porque en este último tiempo estoy empezando a hacer *socorros*. Para ser sincera, me ronda como en una especie de constelación desde hace años, aunque en este tiempo empiezo a ponerle otro ritmo, otra música, otros sentidos, otra existencia en mi propia existencia.

Fui al diccionario a buscar una definición.

*Socorro* -nombre masculino- tiene como una de sus acepciones:

1. Ayuda que se presta en una situación de peligro o necesidad.

"pedir socorro; prestar socorro; al oír sus gritos, acudieron en su socorro"

*sinónimos*: auxilio.

Releo: situación de peligro. ¿Será que las mujeres que acuden a nosotras, las feministas *socorristas*, están en situación de peligro? O mejor, ¿será que se sienten en situación de peligro? No estoy segura, no me animo a aventurar una respuesta por ellas, además es posible que no haya una única respuesta. ¿El peligro es el embarazo no buscado, el embarazo no esperado, el embarazo que será abortado?

Releo: necesidad. ¿Será que las mujeres que acuden a nosotras, las feministas *socorristas*, necesitan un aborto? ¿Necesitan un aborto o necesitan no ser madres? Me animo a una

respuesta, a partir de mis primeras escuchas en los *socorros*: tienen la necesidad de no ser madres, me animo a decir que mi respuesta es rotunda y con mayúsculas: necesitan no ser madres (no en ese momento de sus vidas, no ante ese embarazo) y entonces, claro, necesitan abortar.

Peligro y necesidad. Dos sustantivos que rodean a la definición del diccionario y que mucho no me alcanzan para pensar los términos del *socorro* y del aborto.

De lo que sí estoy segura es que si esa mujer se siente en peligro, el peligro se esfuma cuando acuden a procesos de aborto con medicación, cuando nos encuentran a las *socorristas* y a todas aquellas personas que dan información segura sobre usos de medicamentos para abortar. De lo que sí estoy segura es que no hay peligro en el proceso de aborto con pastillas, ni luego de este proceso.

Porque como menciona Gloria, una *socorrida* de 21 años con 16 semanas de embarazo: “es esto o nada”. ¿Es abortar o nada? ¿Es no ser madre o nada? ¿Es decidir no parir o nada? ¿Podría leerse entre líneas que esa “nada” implica algo de vida o muerte? ¿Esa nada es más bien un querer y un no querer? Puede que sea más simple que estas preguntas que me rondan, puede que esa “nada” sea una expresión del “nada ni nadie puede obligarme a parir”.

Porque no quiere. Porque no lo desea. Porque tiene muchos hijos. Porque no desea ser madre ahora. Porque no quiere tener un hijo con esa persona. Porque tiene otros proyectos de vida. Porque no puede afrontarlo económicamente. Porque es el producto de una violación. Por el motivo que sea, “Nada, no quiere tenerlo. Nada, va a abortarlo”.

Y es ahí donde las feministas *socorristas* aparecemos en escena, para brindarle información, para mostrarle que se puede abortar de forma segura y en casa, para extenderles las manos y hacerles saber y sentir que no están solas. Para, como escriben en mensajes al face algunas *socorridas*: salvarles la vida. Me quedo un poco perpleja y me dejo interrogar sobre los significados que se van reconstruyendo al calor de la experiencia de acompañar a mujeres en sus abortos.

*¿Salvarles la vida?*

Leo ese mensaje en el face. Lo releo como releo la definición del diccionario. No dejo de sorprenderme sobre el valor inmenso e inmemorial de las mujeres que decidimos andar juntas por la vida. Juntas para activar, juntas para alegrarnos, juntas para hablar, juntas para acompañarnos, juntas para luchar, *juntas para salvarnos*.

Cambiaría la definición de *socorro*. Empezaría por pintarla en todos los diccionarios. La pintaría de color rosa fuerte.

*Socorro* -práctica femenina y feminista- tiene como una de sus acepciones principales: Ayuda que se prestan entre mujeres que tienen la necesidad y el derecho de decidir sobre su cuerpo.

Sinónimos: dejo este espacio abierto a seguir pensando a partir de la práctica *socorrista* que seguiré andando, con otrxs.



*Ilustración: Myrna Mincoff*

# Las que sonrían al pensarse

*Por Nadia Mamani*

“**E**stoy medio rara con todo lo que viene. Sólo quiero que ya pase. Por momentos hago mi vida normal y de repente me viene a la mente, que tengo algo pendiente... y es un embarazo. Y me da un poco de rabia, porque no lo quiero”. Al leer el mensaje de Carla, que vive en la Provincia de Santa Cruz, muchas imágenes, sentimientos y sensaciones volvieron a pasar por mi mente y por mi cuerpo. Pensé en las lejanías y cercanías, en las distintas vidas y en cómo los relatos de unas se encuentran con los de otras.

No nos conocimos personalmente en una reunión grupal, como suele suceder con otras mujeres. Establecimos una relación socorrista-socorrida vía telefónica. A pesar de no ponernos rostros, nuestras voces encontraban del otro lado a mujeres decididas. Una, decidida a abortar y la otra, a acompañar. Abortar acompañada, abortar cuidada, abortar respetada; acompañar a la distancia, acompañar a una desconocida, acompañar afectuosamente. Ambas mujeres unidas por decisiones, por la potencia de nuestros cuerpos, ambas unidas por el feminismo abortero.

Carla tiene tres hijxs y vive en pareja. Realizó el proceso “sola”, bueno, en realidad no tan sola, estaba yo a la distancia pensando en ella, en cómo estaba, en qué necesitaba y en cómo se sentía. Quiso contárselo a su hija de 18 años, pero dormía y prefirió no despertarla. La noche la cobijó en un re-

manso de armonía y sosiego. Al despertarse se sintió contenta y tranquila.

Muy temprano, a mi teléfono celular llegó este mensaje: “¡Buen día! Hoy me levanté especialmente FELIZ... Me duché, me arreglé las uñas de los pies, me miré y me amé... Gracias a ustedes por acompañarme, por cuidarme pero por sobre todo, respetarme”. Soñolienta leí el mensaje y quise seguir durmiendo, pero esas palabras resonaban en mi mente como un eco. Releí el mensaje y en mi rostro una sonrisa se dibujó. Una sonrisa cómplice, una sonrisa que reafirma que mi vida como revuelta socorrista, es la quiero y es la que elijo.

Seguimos en contacto pese a la distancia y a haber finalizado el proceso que juntas empezamos. Conversamos por largas horas por whatsapp y por teléfono. Todas nuestras conversaciones devenían en el deseo de querer ponernos rostros. Empezamos a pensar en crear un momento para conocernos personalmente. Quería saber si era de estatura media, morena, de cabello largo, si su mirada era intensa y de color caramelo, si su sonrisa era de luna llena, tal como en mi imaginación era ella.

“Pienso que puedo conocerte y ya me pongo feliz. A veces una hace lazos increíbles”, me dijo con voz suave, mientras yo sentía cómo esas palabras me abrazaban el alma. Pienso en cómo las fuerzas femeniles conspiraron para que ese encuentro ocurriera. En la fuerza indetenible de los sentimientos que motorizaban mis deseos, en la necesidad de Carla de reunirse para hablar de cómo su, ahora nuestro, aborto nos había unido.

Nos reunimos dos meses después pese a un ir y venir de

mensajes que insistentemente intentaban desencontrarnos. No dudé en ir hasta el lugar en que ella me pidió. En mi cuerpo las sensaciones se agolpaban y los ojos me brillaban de la emoción de finalmente encontrarme con la mujer que acompañé y en más de una ocasión trazó en mi rostro sonrisas sinceras, dulces, alegres y duraderas. Conversamos de sus hijxs, de su pareja, de la decisión que había tomado, de nuestro aborto, de cómo lo había vivido, de sus sentimientos, de su mensaje de texto, de mis sentires, de mis pensamientos y de ser una revuelta.

Con voz firme y serena me cuenta: “Mi aborto anterior fue en una clínica, fue muy raro y solitario. Si bien fuimos a la primera visita con mi compañero, el proceso lo viví sola. Me sentí juzgada y perseguida por el médico que me cobró lo que en ese momento pude juntar, pero que luego me llamaba para que terminara de pagarle. En cambio esta vez fue diferente. No puedo explicarte lo feliz que estoy. Nunca pensé que iba vivir este aborto de manera tan libre. Valoro mucho el apoyo que recibí de parte de ustedes; me acompañaron, me respetaron y eso es mucho. Gracias a vos y a todas las revueltas”.

Como alguna vez leí: la experiencia de abortar es intransferible, la de acompañar también; y en estas experiencias existen algunos acontecimientos que misteriosamente nos dejan profundas huellas de afecto, huellas de cariño. Sé que abortar amorosamente es posible.

Ilustración: Lucinda Youns



# No estoy sola

*Por Noe Monsalve*

-¿Cómo te describirías?- preguntó.  
-Soy muchas. Pero lo que más me representa hoy es ser Socorrista Revuelta- le contesté.

Hace tiempo observo la fuerza de las mujeres que me rodean. Miro a mi madre, a mis hermanas, amigas y compañeras. Noto la belleza que imprimen sobre los espacios que habitan, siempre dejando huellas; lo dulce que tornan la escucha, la palabra que acompaña o la que encausa.

Intento plagiar esas demostraciones, hacerlas mías y soltarlas sobre otras como una brisa leve.

Siento la fuerza de todas esas mujeres y me empodero. Muto, soy otra, menos débil, más entera, atenta ante la vida que me cuentan, más fuerte ante sus culpas, sus miedos. Y las envuelvo, o eso imagino, las envuelvo del mismo amor que recibo, de cuidado. Cedo el cuerpo para recibirlo más colmado. La tranquilidad de esos ojos después de la escucha también me tranquiliza.

No estoy sola, pienso, contengo multitudes.

Ilustración: Lucinda Youns



# Pisando fuerte

Por Carla Almendra

Una seguridad que aún siento un tanto ajena, me recorría el cuerpo, se aquietaba en mis manos, la tomaba con fuerza y me incitaba a caminar hacia un lugar (yo sabía cuál era), y aunque haya querido clavar mis pies en la tierra para que eso no pasara, desgarrando desde mis ropas y hasta la piel, hoy me encuentro pisando, conociendo y aprendiendo ese *lugar*, donde elijo estar.

La resistencia a hurgar sobre nuevos suelos -y cielos, sin dudas-, era el miedo de no poder con eso, porque el mundo me había hecho “mujer”, y mujer es sinónimo de debilidad y sumisión, entonces: yo, con tan poca edad, sin estar casada con un varón y sin haber sido madre, no estaba a la altura de las circunstancias, no podía pensar en sentirme realizada como mujer si no cumplía con todos esos factores. Hasta que un día comprendí que no quiero ni necesito nada de eso... quiero que la mujer sea mujer por pensar, por decidir y por luchar.

*“La ética del cuidado no es una ética femenina, si no feminista, y el feminismo guiado por una ética del cuidado podría considerarse el movimiento de liberación más radical –en el sentido de que llega a la raíz– de la historia de la humanidad” (La ética del cuidado. Carol Gilligan). Justo llegó a mí en estos días ese fragmento -será por estas cosas que confío tanto en saber esperar y esperarse(me), saber que las cosas llegan en el momento justo y con todo lo que tiene que llegar-, que me hizo confirmar una vez más que estas andanzas entre/con/sobre/desde/*

debajo/encima/atrás/adelante de las mujeres, son las que me hacen sentir viva, ¡mujer y viva! Pero más allá de eso, es pensarme en esos días queriendo anclarme a la tierra para no moverme hacia acá (mi lugar), y se me ahuecan las mejillas de saberme parada donde estoy, y saberme acompañada.

Me queda dando vueltas en la cabeza esta última palabra, busco en las primeras hojas del diccionario y encuentro: “ACOMPañAR: ir junto a otra persona”. Inmediatamente pienso que el diccionario tiene un error, que esa definición es incorrecta, le falta algo... ¿Ir a dónde?, ¿para qué?, ¿haciendo qué?, ¿caminar una al lado de la otra?, ¿sólo eso? Acompañar es caminar, correr, volar o arrastrarse si hace falta; para ayudar, para sostener, para aconsejar, para hablar, para reírse y para llorar si hace falta; traspasar cualquier barrera, hasta las de las leyes si hace falta; agarrarnos las manos bien fuerte o soltarlas si así es mejor, abrazarnos, tomarnos del brazo o pegar un empujón y salir a luchar (de esto no hay dudas que hace falta). Todo eso y más, JUNTAS. Sí, juntAs, porque la vida me hizo mujer en este mundo y porque elijo serlo en este tiempo de rebeldía y revolución, tiempo de lucha de mujer.

Soy nueva en este camino, me falta experiencia, pero me sobran las ganas, y con eso ya es suficiente, porque si hay algo de lo que estoy segura es que de esto, del feminismo, no se vuelve.

# Primera carta

*Por Pupy Merino*

*Neuquén, 11 de julio de 2016*

Compañeras:

Las primeras luces de un nuevo día han iniciado su ascenso irrevocable, en este lugar sureño donde muchas mujeres esconden sus verdades, el día empieza sin vacilar y he tomado la decisión firme y contundente de retomar los talleres para “acompañar” a esas mujeres, a esas que quieren decidir sobre sus cuerpos, remolinos de nubes en extática levitación. A ver si fuera posible destilar alguna escritura, y allí voy, en busca de ese momento provocador.

El sol está abajo, es miope, el cielo empieza a titilar de estrellas de la tarde, el frío endurece mi piel y en cuanto se allana el terreno ahí estamos, somos varias reunidas, mirándonos, intentando adivinar la vida de ellas y ellas, la nuestra. No pueden predecir lo que nos proponemos hacer a continuación, aunque un previo llamado las hace llegar a las rondas bien sigilosas, atentas, algunas más tranquilas y otras un poco nerviosas. No pueden atravesar la zona de silencio en la que están encerradas, esa zona que las limita, que las atraganta. Ni tampoco pueden predecir nuestras silenciosas, hasta ese momento, intenciones finales.

Ellas, las mujeres, todas... son más o menos del mismo tamaño. Sus cuerpos, sus curvas, sus profundos ojos, sus rostros preocupados, sus pelos duros, sus mil y un secretos y puedo imaginar a algunas en zonas salvajes de violencia. Como si todas estuviésemos en esas rondas hechas de la mis-

ma materia y cada una construida de maneras tan diferentes. Mucho no dicen, mucho no preguntan porque parecen siempre ensimismadas pensando en qué están por hacer, cómo lo van a hacer, cuándo... como si desearan desaparecer, como si estuvieran a punto de disolverse en ese cielo de archipiélago ya casi noctámbulo.

Y ahí, justo ahí cuando parecen desaparecer estamos nosotras, destellante lluvia, con nuestra propia manera de decir las cosas, escrupulosas con las claves y cuando menos se lo esperan: el paso uno; el paso dos y el paso tres. Métodos, síntomas esperables, qué te va a pasar, qué vas a sentir, qué tenes que hacer después... todo con inmensurable delicadeza, circuitos de ingenio que sabemos que se pueden compartir, la belleza está ahí y esa es la costumbre. Y ellas siempre, o casi siempre, devolviéndonos un rápido asentir con los ojos.

En ese momento de la ronda nunca tienen la mirada en blanco. Las estamos mirando a los ojos sabiendo que no somos amigas y que aun así queremos decirles algo. Aquí se acaban las prisas y los agobios, aunque sus ojos oscuros todavía cambian drásticamente de tamaño dependiendo de lo que vamos contando. Todo. Las mujeres tomamos la mayoría de las decisiones. Y ahora, un nuevo día comienza con la decisión que tomamos juntas: hacer lo que estamos haciendo. "Siempre acompañadas", les decimos; tengo la sensación que son las palabras que más las tranquilizan en ese momento. Quizás algunas hasta tendrán sus lamentos nocturnos, y allí saben que pueden cruzarse y tienen su buena razón para hacerlo. Es ahí donde pueden tejerse juntas, como hebras de una misma plegaria en la que ruegan a dios, a su dios, que "perdone sus pecados". Amén. Ameu.

Camaradas, todo empieza a verse mejor, y así de una hora a otra, en ese lugar, en esa ronda, se producen pequeños cambios que el sol ya no percibe pero sí ellas y nosotras. La autonomía de las mujeres es una amenaza contra muchas instituciones, la iglesia por ejemplo y el estado, claro. No, no queremos alcanzar a nadie. Lo que queremos es ir siempre hacia adelante, día y noche. Sabiendo que al enemigo no se lo puede atacar directamente ni mucho menos de frente, nosotras llevamos a cabo, sin peso y excéntricas, innumerables ataques indirectos y ésta es la estrategia de nuestra resistencia revuelta.

Compañeras “por buenas que sean, las leyes son invariablemente torpes. Por eso se deben poner en tela de juicio o impugnar su aplicación, y hacerlo, las prácticas constantes de hacerlo, corrigen su torpeza y contribuyen a la justicia” (Berger J. en *De A para X*). Una justicia que queremos que también sea nuestra. Deseo profundamente que algún día llegue a estar más claro quién decide qué. Porque conocemos un modo de vida que se despliega en este sur, en el que sabemos que podemos decidir sobre nuestros cuerpos y que nos devuelve sueños de días más abiertos.

Y así nos vamos de la ronda, susurrando oímos las voces de aquellas mujeres que han decidido y caminamos calle abajo sonriendo, compañeras, con la luz de la luna platinando nuestros rostros haciéndonos brillar el surco más profundo de nuestras caras. Y así seguimos, riendo y riendo. Y entonces escribir para seguir conquistando paisajes, escribir entonces como otra opción posible para seguir avanzando.

Las abraza

Pupy



*Ilustración: Luciana Campilongo*

# Reparaciones

Por Tania Bunke

*“Ya empecé con síntomas, ¿puede ser, tan rápido?”*  
Era octubre del año 2006 cuando mi compañera de facultad nos dijo “chicas las abandono, estoy embarazada”. Qué garrón pensé. Pensé. No se lo dije. Ella, feliz, escribía el nombre de Sofía en los cuadernos de cursada. Teníamos diecinueve años. Ésta se piensa que es un juego -pensé enojada- tener un pibe no es joda. El enojo se disipó cuando caí en la cuenta de que llevaba dos meses sin menstruar. Claro. Tantos días en el hospital con mi abuela me habían atemporado. No puede ser, pensé. Y fue más una súplica que una suposición.

*“¿Cómo te sentís?” “El teléfono del otro lado aguardaba paciente. Calenté agua para el mate. No quería sonar ansiosa. No quería sonar primeriza. Las gatas dormían en el living. Me senté a esperar.”*

Me temblaba la mano y las dos rayas rojas no mentían. Acusaban. Me señalaban con el dedo. Sentada en el piso del baño trataba de mantener la cordura. Éste es el peor momento de mi vida. Dictaminé. Y, a pesar de que cuatro meses después mi abuela moría, no me equivocaba. Desde ese día, hasta el día en que aborté, lloré todos los días en la soledad de mi descuido. Cuando me iba a dormir y cuando despertaba. Cada minuto que pasaba era el tiempo que me acorralaba, me devoraba. Mi compañera de la facultad se había vuelto una especie de tormento. “Miren le compramos esta ropita”. Qué ridícula. El cigoto tiene medio centímetro y esta boluda le compra ropita. Pensaba mientras vomitaba toda mi bronca en el baño de las aulas nuevas. No puede ser, ¿por qué me

pasó esto? Los siguientes treinta días pasaron como un reloj de arena adulterado. La confesión, una peli con mi hermanita, cuarenta y un grados de fiebre, la guardia de un hospital. “Te tenemos que internar mamita” me dijo la enfermera. Voy a perder la materia pensé. “Escuchá, es el corazoncito”. La internación fue una pesadilla con cara de violencia obstétrica. Yo veía pasar mi vida en cámara lenta. Yo no era la protagonista de esa vida que quería que fuera mía. Esa no era yo.

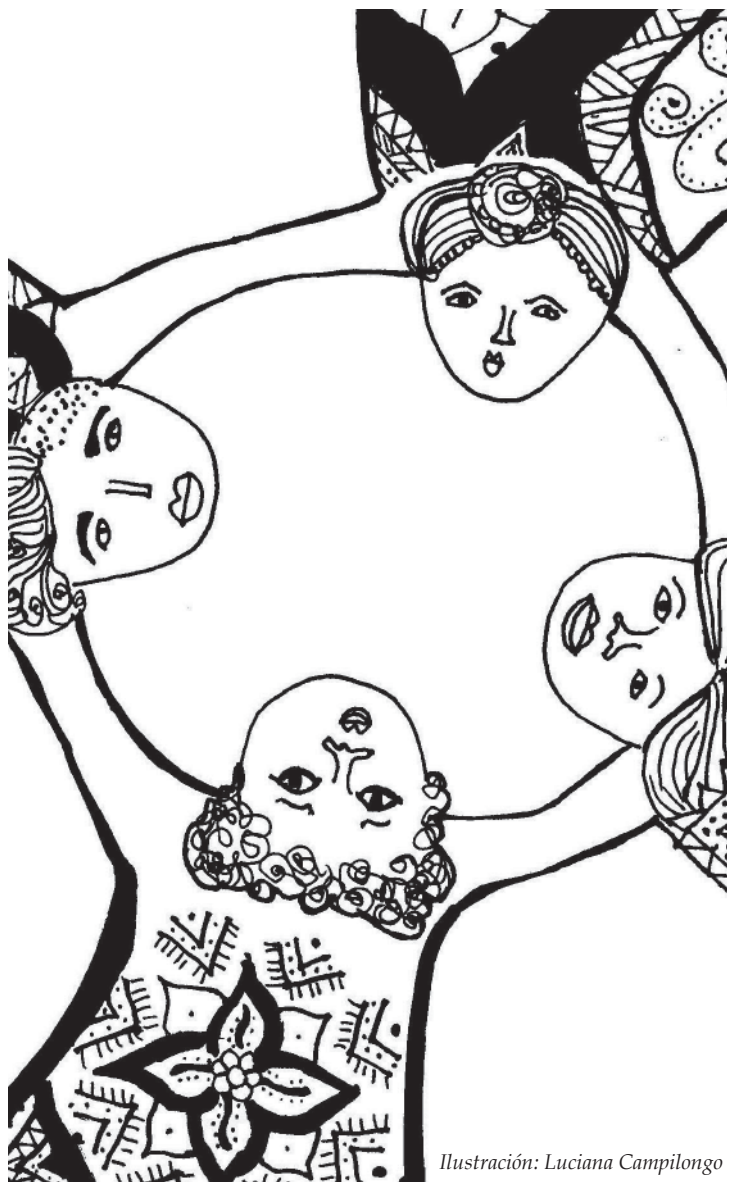
Un ginecólogo amigable, el alta, una receta que mentía. Pastillas para abortar. “Vos no podés decidir sola, ese también es mi bebé”. Por la noche soñaba que me dejaban encerrada en una especie de ataúd con el feto. Me encerraban con él y no podía moverme. Me puse las pastillas. Esperé. Tuve miedo. No de morirme. De que no funcionara. De que naciera deforme y me lo recordara toda la vida. “Si no funciona me mato”. Después de siete horas de contracciones expulsé el saco gestacional y mi aborto se fue por el inodoro. Se fue. Y me dejó sola con mi culpa.

*“Creo que ya está. Fui al baño y sentí como cayó. Me siento mucho mejor, gracias”. Cerraba con ese mensaje diez años de espera. Diez años había esperado para perdonarme.*

Una semana de reposo había dicho el ginecólogo. Mi cursada pendía de un hilo. Cuando iba por la décima cuadra, de regreso de la facultad a casa, sentí que algo no estaba bien. Llegué a mi casa doblada de dolor. Listo, dios me está castigando. Me sorprendí a mí misma. Si yo ni siquiera creía en dios. Pero alguien me estaba castigando. Y ese mismo día en la guardia del policlínico me castigaron. “¿Te duele? Jodete, lo hubieras pensado antes de meterte lo que sea que te metiste”.

“Vas a ir presa, vos y la asesina de tu madre. Asesinas.” La médica de guardia me dejó una hora entera sin atención, doblada en una camilla sin sábanas. Finalmente me atendieron. “Te lo sacaste todo, te felicito”, ironizó la ecógrafa. Me dieron el alta como quien sentencia un arresto domiciliario. Esa noche soñé que el feto encerrado conmigo en el ataúd lloraba.

*“Buen día Agus, solo quería avisarte que me levanté re bien. Gracias por acompañarme en esto tan importante”. El mensaje de Clara en el celu sonaba confiado. Puse el agua para tomar unos mates, acaricié a una de las gatas. Mi primer socorro le ponía fin a la culpa engendrada por la ilegalidad de aquello que no puede ser contado, y a la vergüenza ficticia que me había hecho creer que yo debía ser señalada, castigada, exiliada. Durante diez años pensé que embarazarme había sido lo peor que me había pasado en la vida. Me tomé el primer mate. La gata se despezó somnolienta, y me increpó con sus ojos amarillos. Hace casi diez años, yo abortaba sola. Pensé. Y el alma se me llenó de orgullo.*



*Ilustración: Luciana Campilongo*

# Yo opté por mí <sup>1</sup>

Por Vale Panozzo

*La verdadera cuestión es esta: ¿qué puede un cuerpo?*

*¿De qué afectos somos capaces?*

Gilles Deleuze.

**E**ra un junio, de esos que arden en todo la cuerpa, arden por las muertes de Kosteki y Santillan, por Sergio que no está, por las mujeres que mueren cada 30 horas. Nos encontramos empapadas de hojas que el suelo amontona debajo de los árboles, ellas venían de la cordillera con sus pelos largos y negros, sus ojos tierra que resuenan en cada poro. Su cuerpo territorio mapuche se instaló en el lugar. “Yo opté por mí”, nos dijo. Contó de sus proyecciones, de los ciclos, de la vida imaginada, de cómo quería ser y estar en el mundo a sus 17 años. Este embarazo de 13 semanas no estaba en esa proyección. Habló de opciones, de decisiones. De eso se trata ¿no? De decisiones, de cuerpos que pueden.

Paola, con 17 años, un embarazo no deseado y una hermana *al pie de la teta*. Esas urgencias del cuerpo que llevan a afectaciones otras, distintas, a vínculos otros y a cuidados. La charla colectiva con otras mujeres, ese diálogo y escucha inter-generacional, le dio aún más empuje a la decisión. “Tengo que decidir por mí, por mi cuerpo y por los míos”, mirarla a los ojos color tierra me traslada, me lleva y me devuelve ecos de mi cordillera y mis 17 años. “Mi novio no sabe, ni lo sabrá, ésta es mi decisión”. El amor en tiempos de guerra contra nuestras cuerpas, las decisiones que nos paran desde

otro lugar. Pao habla de sus miedos, no son la muerte ni el dolor, es el qué dirán y el defraudar. Su hermana, su lamgen, su contención, su confidente y su lugar seguro, la mira con amor, toma su mano, toma mi mano, y le dice, me dice: “acá estoy, no estás sola, no estamos solas”. Sus preocupaciones y sentires se traducen en lágrimas, lágrimas color tierra, lágrimas que la limpian por dentro, me dirá.

A los días, pasado el tiempo de medicación y comunicaciones telefónicas, me envía un escrito, me hace parte, más allá de la compañía del socorro, de sus sentires. Se titula: “Yo opté por mí” ¿Cuántas veces yo opté por mí? ¿Cuántos socorros me seguirán atravesando de cuerpo entera? ¿Cuánta caja de resonancia hay en la escucha atenta?

En su escrito hace referencia a la experiencia vivida y al tiempo, no el lineal que nos enseñaron en la escuela y ese que medimos en una tabla sexagesimal, me habló del tiempo vida. Ese tiempo de ciclos, de escuchas y aprendizajes, de volver, de renovarse y ser agradecida/o. Me habló de la importancia del socorro, de la ronda de escucha y diálogo, del conocernos, del ponernos cara y del amor puesto en cuerpo.

Siempre que la veo a su hermana en acciones callejeras, recuerdo cuando nos tomamos las manos sabiendo que no estamos solas, esa sensación de hermandad y manada que trasciende distancias y sentires.

Mientras tanto mi tiempo vida me resuena ¿cuánto podemos como cuerpo-territorio afectarnos? Traduzco la sensación de afectación, afectación de escucha, afectación de encuentros y sobre todo, afectación de alegría. Nos diría Deleuze, el desafío es, “convertir al cuerpo en una fuerza que no se reduz-

ca al organismo, convertir el pensamiento en una fuerza que no se reduzca a la conciencia". En eso andamos en el tiempo vida, en eso andamos en los socorros nuestros de cada día, afectándonos, humanizándonos y pariendo nuevas formas de habitar/nos.

<sup>1</sup> Este relato puede leerse en [www.8300.com.ar](http://www.8300.com.ar)



*Ilustración: Luciana Campilongo*

Ilustración: Myrna Mincoff



# Elena<sup>1</sup>

*Por Belén Grosso*

¿Elena con h o sin h?, pregunté como si esa letra pudiera cambiar las cosas. Como si sólo esa pregunta pudiera hacer un relato de vida menos muda, menos silenciosa, menos dolorosa. Esa mañana Elena salió temprano de su casa. Salió al abismo. Más decidida que nunca. Esta decisión sólo podía compararse con aquella que tomó para venirse desde Bolivia, su tierra, a trabajar a Neuquén. Tiene 29 años, apenas un año más que yo. Su sonrisa medio torcida y su dentadura algo dañada me cuentan acerca de su vida sin tener que usar palabras. A veces el cuerpo es como una h, pienso. Elena viajó 102 kilómetros. Un largo silencio atravesó su camino. Veía tan anchas las calles que fue perdiendo poco a poco la capacidad de decir. Sus ojos, grandes, miraban con tanta atención, queriendo abarcar todo, no quería cerrarlos, como si al cerrarlos se perdiera un trozo de vida o algo así, como si al cerrarlos pudiera esconderse de sí misma, de su útero.

— ¿Con h o sin h?

— Sin h

La falta de sonido acompañaba todo su estar ahí conmigo. Llegó al hospital de Neuquén, al más grande, buscando un poco de alivio, un poco de empatía, un poco de palabras con música, buscando, quizás, un lugar calentito. Miró para todos lados, caminó los pasillos del hospital lentamente. Le urgía encontrar respuestas pero caminaba con mucha dificultad, arrastraba su pierna izquierda dejando una estela de dolor a su paso. Yo podía verlo. Su cuerpo hablaba. Sin h, repetí mientras me contaba que vio una calcomanía pegada en una

de las paredes rasgada de ese hospital enorme, hablaba de aborto y tenía nuestro número. Lo copió en su celular y en ese momento el silencio dejó de habitarla. Nos llamó.

Pola, la telefonista revoltosa, derribó fronteras indicándole que la podíamos ver en ese momento. Había dos compañeras reunidas con otras mujeres en su situación y su derrotero empezaba poco a poco a llegar a su fin. Amanecía para Elena, otra era su mañana aunque eran casi las tres de la tarde. Cuando llegó estábamos Maga y yo. Miré sus manos ajadas, atisé las tristezas que delineaban sus ojos. Fue como estar frente a un espejo que me devolvía una imagen distorsionada de mí misma. A Elena le hablé casi susurrando, creyendo que así nos sentiríamos más cerca.

—Yo lleno la protocola, le dije a Maga mientras ella acompañaba a otra mujer. Me senté cerquita de Elena.

Elena es un nombre tan bonito, significa “antorcha”. Ella es como una antorcha. Me gustó todavía más cuando me dijo que iba sin h. La h adelante siempre me pareció absurda. Recordé la escuela y los significados de *la letra que, a veces, es muda*. Cuando me contó que nunca usó método anticonceptivo la que se quedó con todas las h encima fui yo. Mientras charlábamos sus ojos se iban inundando. Sentí que podía nadar en lo que ella no podía decir. Anoté en el margen de la hoja: *método anticonceptivo, nunca usó (lo usa como defensa o algo así)*. En defensa de los machos que la sometieron, pensé. No usó nunca porque era el plan perfecto para no tener relaciones sexuales con esos machos, pensé también.

Sus ojos, de un marrón oscuro, se volvían cada vez más acuosos hasta que Elena se volvió toda barro, toda agua. Su voz entrecortada no menguaba la estridencia de su relato. Quise que hubiera entre nosotras un té de manzanilla, un té

de cercanía, un té de refugio. Como si el universo adivinara mi pensamiento entró un viento cálido haciéndole un tajo suave al frío de esta tierra. Entonces me animé a preguntarle sobre su vida, sobre esa pierna doliente. Elena dobló con delicadeza un papelito que había sobre la mesa y dejó caer, al fin, los alfileres que cortaban su voz. Me contó que su ex pareja la chocó a propósito. Ella lo quería dejar y él la chocó luego de una discusión. Él, el padre de su única hija. Se secó las lágrimas con la manga derecha de su remera verde oscuro y me pidió, como si estuviera en la escuela y yo fuera su maestra, permiso para ir al baño. Me quedé sola, con rabia, los ojos se me iban poniendo acuosos, como de barro, como de ella. Volvió riéndose, en el baño había dejado las lágrimas y algunos miedos, me contó parte de su vida, habitó las palabras.

Camino a casa. 102 kilómetros sin saber adónde ir, Elena. Yo. A pocos días de volver de la Plenaria Socorrista en Córdoba, regreso a mis apuntes y cuadernos y leo “humanizar los abortos”. Leo en internet: Metafóricamente adquiere los conceptos de *“la mujer más bella del universo”* derivados de la historia troyana de París y Elena, en la que Elena, de belleza incomparable, fue persuadida por París para llevar a cabo una fuga juntos. Por eso el nombre de Elena ha adquirido el epíteto griego de *“destructora de hombres”*. Destructor de hombres, me repito para no olvidar, destructora de hombres. Elena es un nombre tan bonito y fuerte como quien lo porta.

Su aborto fue la excusa perfecta para encontrarnos, para mirarnos, sonreír juntas y reafirmar, una vez más, el poder que tenemos las mujeres cuando nos encontramos.

<sup>1</sup> Este relato puede leerse en [www.laquearde.org](http://www.laquearde.org)

*Ilustración: Lucinda Youns*



# Índice

Maravillosas ocupaciones	9
Abanicos de posibilidades	15
Abismos	17
¿Abortar con Dios?	19
¡Acá estamos!	21
Acompañar-cuidar	23
Aquí nadie está sola	25
Bienvenida al socorro: <i>éste es un extra</i>	27
Blancanieves y las siete enanitas	29
Cuando la naturaleza no es sabia	33
Demasiadas lenguas	35
Inmensidades femeninas	39
Juntas para <i>salvarnos</i>	41
Las que sonríen al pensarse	45
No estoy sola	49
Pisando fuerte	51
Primera carta	53
Reparaciones	57
Yo opté por mí	61
Elena	65





